

CANDELARIA VÁZQUEZ “LA ENLUTADA”

Mi tía Candelaria Vázquez anduvo envuelta en lutos toda su vida. Así la recordaba yo desde que tuve uso de razón y me dio por pensar en ella con asiduidad, hasta que se incrustó en mis pensamientos y ocupó todo el espacio de mi mente. Desde entonces, Candelaria fue a mi vida lo que el luto fue para ella, y el descubrimiento de su verdadera historia hizo de la mía una nebulosa entristecida, tanto para el tiempo transcurrido como para los días que me quedaran por vivir. Fue un enigma que anduve detrás de descifrarlo como si fuera el único misterio que merecía ser desvelado para que mi vida tuviera sentido. Su ignorancia llenaba mis días de pesadumbre, me mantenía insomne y me hacía andar huérfano de mi pasado. Algo había en él que desconocía, algo que era vital para justificar mi existencia, algo que no sabía el porqué me habían sustraído y en cuyo conocimiento empeñaría todas mis fuerzas y mi tiempo.

Mi tía Candelaria Vázquez vivía con su madre que era mi abuela en la calle del Aire, aunque casi siempre estaba en nuestra casa por un motivo u otro, el más frecuente era el de ayudar a mi madre en los trabajos de la casa. Parecía que yo tuviera una criada particular; se cuidaba de todas mis cosas, de mi ropa, llevarme a la escuela cuando era pequeño y en resolver cuantos problemas se me presentaran. Mi madre supervisaba casi todos sus actos y parecía estar de acuerdo con ellos. Por mi parte estaba acostumbrado desde pequeño y lo tenía como normal; su luto riguroso y el moño recogido en la nuca, fueron una estampa habitual desde mis primeros días. Nunca hubiese concebido a mi tía Candelaria vestida de otra manera y con otro peinado, tampoco la hubiera imaginado en otro lugar que no fuera mi casa y la iglesia del pueblo, donde asistía a todas las misas, novenas, triduos y cualquier celebración que la cogiera con su trabajo realizado. A mi madre le pidió permiso para llevarme con ella varias veces, pero cuando comprobó mi incomodidad y el incordio que suponía para su concentración desistió de ello.

Conforme fui haciéndome mayor crecía en mí la curiosidad y la indiscreción propia de la edad, que me llevaba a preguntas constantes sobre todos y sobre todo. La mayoría de ellas me eran contestadas según el estado de ánimo de a quien se las hacía y mi pesadez en formularlas, sobre todo las que concernían al luto de Candelaria y su soltería. Todo eran evasivas, medias verdades que en nada satisfacían el interés de mi pregunta y alimentaban una curiosidad que fue creciendo hasta hacerse enfermiza. El más explícito de todos era mi padre que me decía: “durante tu vida te tropezarás con gente rara y extraña que no se sabe porqué procede de determinada manera, y mi hermana, que es tu tía, es una de ellas”. Visto lo categórico y las malas pulgas que le entraban con mi pregunta, opté por no hacérsela más. Mi madre decía que era soltera por propia voluntad y que algunas personas escogen esa opción para ser

independientes y dedicarse enteramente a sus cosas y a Dios. Mi abuela que era una vieja cascarrabias e incómoda, me insinuó alguna vez que pretendientes sí que tuvo y que alguno estuvo a punto de llevarla a la vicaría, pero que sus rarezas y beaterías la dejaron donde estaba. Lo del luto me lo despachaba diciendo que se lo puso cuando murió su padre, aunque ella, que era su viuda, no lo guardaba desde hacía mucho tiempo. “Cada cual hace con su vestimenta lo que le viene en gana”, me decía para concluir sus explicaciones, pero yo, con las razones de unos y otros me quedaba igual que estaba y mi curiosidad iba en aumento. Así fui creciendo, entre los cuidados de mi madre y de Candelaria, aunque más bien de esta última. Entre la escuela, las correrías con los amigos y los primeros disloques con alguna muchacha que se dejaba tocar, desperté a otra vida y otra manera de mirar a las mujeres, aunque las cosas no iban más allá, no sé si por mi inexperiencia o porque a ellas, a pesar de los suspiros y desmayos las dominaba el miedo.

Comencé a sentir inquietud cuando despertó en mí una atracción platónica por mi tía Candelaria y solo tenía ojos para ella. Mi madre se extrañaba al ver que pasaba más horas en casa de lo que tenía costumbre y cada vez le daba más excusas para no ir con los amigos, aunque lo achacó a que entraba en la pubertad y en ella nos volvemos extraños y algo místicos. La inclinación platónica por Candelaria fue en aumento y me masturbaba pensando en ella cada vez con más frecuencia. Antes lo hacía pensando en las chicas que me gustaban, en la actriz de alguna película que habían proyectado en el pueblo o por las miles de causas que la imaginación crea para tal práctica. Al principio sentí vergüenza por ello, un sentimiento de culpa me tenía desasosegado, aunque la costumbre y la frecuencia me hicieron verlo con normalidad. Pero una mañana, durante el desayuno, a Candelaria comenzó a temblarle una mano, y en breves días los temblores se le subieron por el brazo hasta llegarle a la cabeza sin que pudiera evitarlos ni controlarlos. Mi padre la llevó a Almería para que la vieran varios médicos, pero todos coincidieron; lo de Candelaria no tenía solución, el párkinson la iría invadiendo poco a poco y no había tratamiento ni medicación para ello. Y así fue, Candelaria era un fantasma tembloroso que iba de un lado a otro intentando hacer algo, pero cuando lo intentaba nada le salía y lo abandonaba entristecida. En cambio, para mí siempre tenía una sonrisa y una caricia. Una sonrisa cada vez más extraña y desfigurada, porque el labio inferior se le iba descolgando y le fue apareciendo un gesto bobalicón e idiotizado que le proporcionaba un aspecto lamentable, y aunque seguía pasando los días en casa, era a ella a quien había que cuidar. Poco tiempo después, ambas se vinieron a vivir con nosotros y entre el mal genio de mi abuela y la enfermedad de Candelaria, la vida familiar cambió radicalmente. Mis padres no podían disimular los contratiempos y disgustos que las dos mujeres llevaban consigo y cambiaron el carácter. El gesto se les tornó adusto y receloso, estaban constantemente enfadados y aunque no discutían delante de ninguno, su distanciamiento era palpable.

Candelaria se fue convirtiendo en un desecho que se arrastraba, hasta que finalmente no pudo levantarse y se quedó en la cama para siempre. Mi atracción platónica por ella fue diluyéndose conforme la enfermedad la fue deformando y la hizo imposible, pero por causa de ello me quedó un regusto amargo que me avergonzaba. Procuraba eludirla a pesar de que ella forzaba una sonrisa imposible al verme, e intentaba hacer un gesto con la mano para llamarme. Me daba vergüenza verla en aquel estado, cuando poco antes me despertaba la libido con una intensidad desconocida para mí hasta entonces y sentía verdadero goce con ello. Finalmente, tuvimos suerte, Candelaria murió sin sufrir y sin que nadie se diera cuenta de ello, y mi abuela Adelina que dormía en la misma habitación que su hija y que cada mañana se levantaba regañándola y echándole en cara su inutilidad. Aquella, al igual que las anteriores le dijo los mismos improperios sin darse cuenta de que su hija estaba muerta. Fue mi madre quien lo descubrió al pasar dos veces por la puerta de la habitación donde yacía Candelaria y ver que no se movía.

Seis meses después mi abuela murió también, liberando así a la familia de su carga y mal carácter. Para no desmerecer a lo que había sido su vida, tuvo una muerte desabrida y pegajosa, que acrecentó el deseo de todos por enterrarla cuanto antes. A partir de entonces el ambiente familiar fue otro; regresó la tranquilidad y nadie echó en falta a ninguna de las fallecidas, aunque no tardé en apreciar que Adelina y Candelaria habían cavado una fosa suficientemente honda, como para que mis padres no pudieran salvarla. Yo vivía ajeno a todo ello dedicado a mis estudios, pero más justo sería decir que disimulaba que lo hacía, hasta que viendo la inutilidad de mis intentos por engañar a mis padres decidí decirles que no seguiría estudiando y que trabajaría. Mi máximo interés se centraba entonces en los encuentros y escauceos sexuales con mi primera novia. Con ella conocí el placer sensual de la piel femenina y el tacto impredecible de los sexos, que por la edad se hizo imprescindible e impaciente, como si en el mundo no hubiera otras cosas y otros destinos más urgentes. Pero una vez abandonados los estudios y no existiendo en el pueblo trabajos que pudieran garantizar un futuro conveniente, ni el amor, ni el descubrimiento del sexo y sus impulsivas sensaciones pudieron evitar que me trasladase a Almería. Allí anduve en varios trabajos que me proporcionaron amigos de mi padre y tuve otras experiencias sexuales que me descubrieron caminos del placer que desconocía, aunque también estos me incubaron nuevas inquietudes; descubrí no sin zozobra, que cuando practicaba el sexo, solo o acompañado, pensaba en mi tía Candelaria. Daba igual que mis elucubraciones mentales me llevaran con las mujeres más hermosas, o que mi compañía fuese la de una joven lozana y llena de pasión; Candelaria aparecía en todos mis pensamientos y prácticas eróticas, a pesar de los dos años que habían transcurrido desde su muerte.

Un día, de improviso, decidí que mi vida tendría otro destino y que este no estaba en Almería ni en el mundo que hasta entonces había sido mi mundo. La inconformidad con los trabajos que me iban saliendo, los constantes cambios y el conformista futuro que ellos me depararían, me procuraban desazón y desconcierto. No sabía que haría ni que iba a ser de mí, pero un día, ante el asombro de mis padres me despedí de ellos y subí a un camión que me llevaría hasta Valencia. Allí embarqué en un tren con destino a Barcelona, donde llegué desconcertado y sin saber a quién acudir o donde encontrar cobijo. Mi equipaje era breve; una bolsa con escasa ropa y los restos de unos bocadillos que me preparó mi madre y que se habían endurecido de tal manera, que masticarlos era una proeza peligrosa. Pero ya estaba en Barcelona, sentado en la penumbra de un portal junto a la Estación de Francia, que me protegía de una noche húmeda y fría de febrero, con un aspecto lamentable después de tres días de viaje y sin asearme. No tenía mejor lugar para pasar la noche y decidir qué rumbo tomar por la mañana, con la luz del día. Mi madre me había dado la dirección y el teléfono de una prima de mi padre que tenía por nombre Alfonsina y, que en un tiempo, antes de que naciera yo, mi tía Candelaria pasó una temporada en su juventud. Por lo que deduje de lo que escuché hablar a mi madre y a mi abuela, mi tía Candelaria estuvo alojada en casa de su prima Alfonsina para tratarse de una extraña enfermedad que los médicos en Almería no lograban diagnosticar. Cuando estuvo curada, mis padres hicieron un viaje a Barcelona para ir a por ella y aprovecharon para estar casi un mes en la ciudad, mientras Candelaria se reponía y pudiera hacer el viaje de regreso, que en aquellos años era una aventura. Pero lo último sería ir a casa de Alfonsina, al menos esperaba a que se agotaran mis ahorros y no tuviera otra salida.

Aquella noche, cobijado en aquel lúgubre portal, aterido de frío, con todos los recuerdos de las personas que me amaban y que yo había amado, de los lugares que hasta hacía pocos días fueron mi cobijo y dónde me sentía seguro, el recuerdo de Candelaria y de los contradictorios sentimientos que habitaban en mí respecto a ella volvieron a visitarme. Pero Candelaria estaba muerta y todo lo demás se hallaba tan lejos, que la soledad me llevó al desamparo más triste que había sentido en mi vida. Así estuve hasta que el agotamiento me sumió en un duermevela que el frío no dejaba convertir en sueño, cuando dos guardias municipales, al pasar frente al portal donde me hallaba debieron extrañarse de mi estado y entraron para preguntarme quien era, de dónde venía y qué estaba esperando. Al comprobar mi documentación y ver que era de un pueblo de Almería, uno de ellos cambió de actitud, me explicó que también él llegó a Barcelona con sus padres siendo un niño desde Lucainena de las Torres y que no me preocupara. Me llevaron a una casa que estaba justo enfrente del portal que era mi refugio y hablaron con la dueña para que me diera cobijo por aquella noche. Yo les advertí de que el poco dinero que llevaba quería reservarlo para ir tirando por si no encontraba trabajo pronto, pero la Ramona, que era una puta vieja, experimentada en

inmigrantes que no tenían donde caerse muertos, me dijo que lo encontraría rápido y que le pagaría. La Ramona alquilaba habitaciones a putas y a gente de medio pelo que estaban de tránsito, tenía experiencia y buen ojo para aquilatar en quien confiar, aunque con las prostitutas hacía una excepción y les cobraba por visita y cliente. Durante la noche, varias veces tuve que dejar la mía para que alguna despachara a su cliente; me levantaba a medio dormir y me iba con La Ramona a la salita donde pasaba su vida haciendo solitarios, con una toquilla de lana y refugiada en las faldas de una mesa de camilla confeccionada con una cretona decadente y triste. No se resignaba a creer que la lozanía la perdió en un tiempo del que ni ella misma se acordaba y se maquillaba a la vieja usanza de las prostitutas del corazón del Barrio Chino. Tenía un físico menudo y cadavérico, donde la prominencia de los huesos y los pliegues de la piel acartonada resaltaban el excesivo maquillaje, que le daba el aspecto tétrico de una máscara de tragedia griega calzada con botines de charol y medias de color fucsia. Aquel mundo y sus personajes fue un descubrimiento para mí, aunque había escuchado referencias de alguno que lo había conocido, no se parecía ni de lejos a la Ramona y su parroquia. Pensé para mí que iba de mal en peor, pero a decir verdad, la Ramona y la gente que la rodeaba no eran malas personas, más bien lo contrario. A su manera eran solidarios entre ellos y con los que estuvieran en su entorno. Al menos conmigo lo fueron.

Al tercer día de estar en aquella habitación, que a veces tenía que abandonar a media noche por un rato, para que desahogara sus ardores algún marinero que estaba de paso, o un albañil de Palencia que le había entrado el pronto de golpe, apareció preguntando por mí “La Delirios”, de quien supe después que se llamaba Francisca Fernández y era de Cuevas del Almanzora. Tenía un bar en la calle Cadena, en el mismo corazón del Barrio Chino y necesitaba de alguien que le llevara las cuentas y a la vez ayudara cuando su bar estaba más concurrido. La Delirios era todo lo contrario que la Ramona, aunque en su indumentaria y maquillaje no se diferenciaban mucho. Las dos debían de tener la misma edad; unos cincuenta y cinco años, pero la Delirios los llevaba mejor, era más corpulenta y sobrada de carnes, con un par de tetas que en el bar causaban estragos. Desde el primer momento, al verme tan joven y lejos de mi familia me acogió con un cariño desmesurado, mucho más cuando comprobó lo bien que le llevaba eso del debe y el haber de sus cuentas. No entendía lo que le explicaba pero le daba lo mismo, tenía una fe ciega en mí y sabía que nunca la engañaría. Me alojó en su propia casa, y algunas noches cuando ella regresaba y me encontraba desvelado, me hacía tila y se recostaba a mi lado, sacaba una de sus descomunales tetas y me decía: “anda, mi niño, pon tu carita aquí y ya verás como coges el sueño en un santiamén”. Llevaba razón, la teta de la Delirios era una almohada relajante que olía a colonia añeja, pero donde la cabeza siempre encontraba un apoyo comfortable. Con el cobijo de “La Delirios”, las pesetas que me daba para mis gastos y los favores

que por su recomendación me hacían algunas chicas, mi vida era llevadera. La gente me tomó aprecio y confianza, aunque por ello me convertí en el paño de lágrimas de algún desheredado de la vida y más de una putilla que acabó en el lupanar sin saber donde se metía.

La noche de la Navidad del año 1960, en la que el bar estaba más muerto que la alegría de quienes estábamos allí, un marinero chileno que se puso tibio de beber y de cantar coplas de una nostalgia infinita sin que nadie le hiciera caso, no tenía dinero para pagar lo que había consumido. Era un muchacho fornido y bien hecho, pero con la borrachera que llevaba no resistiría un empujón miserable. “La Delirios” quiso llamar a la policía, otros quisieron apalzarlo para darle un escarmiento, hasta que intervine yo y les dije que pagaría lo que había tomado. “La Delirios” se quedó mirándome y me dijo: “tú sabrás lo que haces mi niño, pero... ¿no te habrás vuelto mariquita?”. Le contesté que solo fue un arranque por la tristeza de la Navidad y se quedó contenta.

Marcelo se sentó en mi mesa, y sin que le preguntara nada me estuvo contando su vida llena de tristeza, tan triste como el aroma a alcohol que desprendía. Cuando por contarlas hubo consolado sus penas, se dedicó a preguntar por las mías. Debí deducir que cualquier individuo que habitara en aquel antro la noche de Navidad, estaba huérfano de la dicha y la fortuna. Cuando supo que estaba allí por propia voluntad, aunque provisionalmente, se sorprendió, pero al decirle que era de un pueblo de Almería que se llamaba Sorbas, dio un respingo en la silla, se apoyó en la mesa para evitar tambalearse y se me quedó mirando como asustado. Volvió a sentarse y se puso a llorar mencionando un nombre que resultó ser el de su padre. Me dijo que, aunque nunca había estado en Sorbas, lo conocía como la palma de su mano, su padre era de allí y toda su vida la pasaba rememorando y contándoles a los hijos y a su mujer como eran las casas, las calles y sus gentes. Me contó que su existencia transcurrió más en la miseria habitual, que en la fortuna que creyó que iba a conseguir cuando emigró, pero que aún así, a su familia le procuró una vida digna y llevadera. Después, cuando murió su mujer, confesó a sus hijos los verdaderos motivos por los que tuvo que abandonar su tierra y que el gran amor de su vida fue una tal Candelaria Vázquez, de la que siempre tuvo una foto escondida que la contemplaba cuando nadie podía verlo. Después, al enviudar, la foto siempre la llevó consigo y la enseñaba sin pudor. Cuando escuché aquel relato me quedé atónito y desconcertado; cuando menos podía esperarlo resucitó de nuevo el recuerdo de mi tía Candelaria y un aspecto de su vida que me era desconocido. Marcelo me dijo que su barco estaría cuatro días en Barcelona y de allí partía rumbo a Valparaíso, desde donde viajaría hacia Antofagasta para visitar a su padre, después de año y medio sin verlo. Las noches se me convirtieron en un puro desvelo y los días desasosegados no tenían fin. Decidí que el fantasma de mi tía Candelaria tenía que desvelarlo; el oscuro tiempo que me ocultaron

se me ofrecía para resolver la extraña querencia que siempre tuve para ella. Logré que me admitieran en el barco “Araucana” como pinche de cocina de Marcelo y me puse rumbo a Valparaíso, dispuesto a probar fortuna allende los mares y al mismo tiempo desvelar el enigma que desde niño inquietaba mis pensamientos. La travesía duró veintiocho días y en los primeros creí que no la superaría por mi inexperiencia en eso de navegar. Era la primera vez que subía a un barco y pensé que el mar me devoraría; tan desmesurado y oscilante me pareció, que mis intestinos no lograron acostumbrarse, sobre todo los primeros días en los que Marcelo se convirtió en mi ángel de la guarda.

Cuando desembarcamos en Valparaíso yo quise quedarme uno o dos días para reponerme, pero Marcelo dijo que si quería conocer a su padre tendría que subir con él en el primer autobús que saliera para Antofagasta. No había más que una línea de autobuses con una frecuencia de días alternos. Nos subimos al primero que salía y tardamos dos días en llegar después de un viaje agotador que transcurría por la costa. Parecía que nunca me iba a librar del mar, aunque ahora lo contemplaba desde la ventana del autocar y pude apreciar todos sus matices y colores durante las veinticuatro horas del día; desde al amanecer hasta el crepúsculo. La negrura de una noche sin luna, en la que la luz de algún barco que parecía un olvido era el único testimonio de que alguien vivía allá adentro. Por fin llegamos a Antofagasta, con el aspecto de dos náufragos agotados y sucios que no sabían dónde estaban.

La casa de Melquiades Mañas estaba al comienzo de la calle de la Florida, era de las pocas casas antiguas y de estilo colonial que aún quedaban y al igual que la calle, olía a mar y sabía a salitre. Cuando llegamos la puerta estaba abierta y observé cómo Marcelo entraba extrañado por el silencio y la soledad, tras él iba yo observando cada rincón y cada detalle, ya que todo me era extraño y comenzaba a tomar conciencia de lo alejado que me encontraba de mis orígenes y de mi gente. En el patio interior de la casa, empedrado en canto rodado, con las paredes pintadas en un rojo Burdeos y repleto de macetas con plantas tropicales de verdes infinitos e intensos, encontramos a una mujer joven aunque envejecida por el desarreglo y la tristeza. Al ver a Marcelo se precipitó a sus brazos llorando y agradeciendo al cielo que de nuevo estuviera allí. Mientras gemía, Marcelo le acariciaba el cabello y ella le explicaba que su padre estaba enfermo grave y que de un momento a otro dejaría este mundo. Deduje que era la hermana de la que me hablaba durante el viaje y me mantuve apartado mientras ellos entraban en una habitación que estaba en penumbra y de la que no salía ruido o rumor alguno.

Con la llegada de Marcelo, su padre, Melquiades Mañas resucitó; no tenía fuerzas para levantarse de la cama, pero la felicidad de ver nuevamente a su hijo le dio ímpetu para aparentar, al menos, durante unos días, que la vida de nuevo entraba en su esqueleto. Aunque el médico que fue a visitarle dijo a Marcelo y a su hermana que

aquella mejoría sólo era el “canto del cisne” y que podía fallecer en cualquier momento. Cuando los dos hermanos me presentaron a Melquiades y le dije de donde era se contrajo de la emoción y creímos que en aquella contracción dejaba sus días. En la mesita de noche y apoyada sobre una palmatoria estaba la foto de Candelaria que me miraba con una sonrisa insistente, como si siempre la hubiera llevado conmigo. Melquiades se quedó extrañado de que yo no apartase la vista de la foto, y que mientras la observaba las lágrimas asomaran a mis ojos. Cuando le expliqué el motivo de mis lágrimas y que Candelaria era hermana de mi padre y había sido como mi segunda madre, Melquiades hizo un intento para incorporarse, me cogió la mano con fuerza, exhaló un suspiro y con el último aire de su boca dejó este mundo. Costó trabajo desprenderme de su mano, Marcelo lo intentó pero no pudo, parecía que todas las fuerzas de su vida las hubiera dejado en aquel apretón. Finalmente, di un tirón seco y logré desprenderme de la mano de Melquiades, que cayó sobre la colcha con una fragilidad pesada y ausente de la vida. Me quedé pensativo e invadido por la tristeza, había hecho un viaje muy largo para desvelar el misterio de Candelaria y, cuando estuve a punto de lograrlo, a quien podía hacerlo le visitó la muerte. Después de enterrarlo en un rincón del cementerio donde ya reposaban los restos de su mujer, me dediqué a pensar lo que podía hacer con mi vida y dónde debería ubicarla. Antofagasta no me parecía el mejor lugar para hacerlo porque con lo que había vivido, el fantasma de Candelaria se me haría más presente en aquella parte del mundo. Esperé unos días hasta que los dos hermanos resolvieran los trámites legales y la escasa herencia que les dejó Melquiades. Esperaba también que Marcelo me aconsejara sobre lo que hacer para encontrar un trabajo, ya que mis ahorros iban disminuyendo alarmantemente. Al décimo día de espera, Marcelo me propuso ir al bar donde su padre solía reunirse con sus amigos y que de niño él lo acompañaba con frecuencia. Noté que Marcelo había abandonado su aire distante y ausente, con el que me había tratado durante la travesía en el barco; me cogía del brazo, me hablaba con afecto y me puso la mano en el hombro para que me sentara en una mesa, junto a la ventana desde la que se divisaba el puerto y el trasiego de camiones y barcos. Le expliqué a Marcelo mis inquietudes y la necesidad de encontrar un trabajo para poder decidir con tranquilidad donde ir a establecerme. Pero Marcelo estaba absorto, en otros pensamientos que le hacían mirar al mar y al puerto, allí su padre dejó los mejores años de su vida y recordaba cuando del brazo de su madre iban a esperarlo cuando salía de su trabajo. No obstante, me había escuchado perfectamente y se giró hacia mí, me puso su mano en mi antebrazo y me dijo: “No tengas prisa, puedes quedarte en nuestra casa el tiempo que quieras, ya decidiremos lo que hacer con tranquilidad. La muerte y los papeles que ha dejado mi padre me han desvelado aspectos desconcertantes que no esperaba. Déjame unos días y te aconsejaré lo mejor

que pueda sobre lo más conveniente para resolver tu situación. De momento tienes cobijo y comida en nuestra casa y así seguirá siendo mientras sea necesario”.

Durante aquellos días observé la actitud inquieta de los dos hermanos, el semblante también se les había tornado adusto. En varias ocasiones me tranquilizaron sobre ello, hasta que al final, una tarde, Marcelo me volvió a llevar al mismo bar para decirme: “Creo que lo mejor sería que regresaras a España y a tu pueblo. Es necesario que lo hagas si quieres desvelar las inquietudes que me has contado. Cuando estés allí recibirás una documentación que te aclarará todo. Es entonces y desde allí, cuando debes decidir tu futuro y es posible, que si decides quedarte en tu tierra, algún día te haga una visita” Supe entonces que Melquiades había dejado algo que me concernía, y que por muchos intentos que hice Marcelo se negó a desvelarme; siempre me respondía que cuando estuviera en casa de mis padres recibiría la documentación que me aclararía todo.

Cuando llegué de nuevo a Sorbas, el pueblo seguía sumido en la soledad de la emigración, continuaba la sangría de familias con la esperanza de otros destinos mejores. La situación económica no había mejorado y después de mi estancia en Barcelona y haber recorrido medio mundo me asfixiaba el pueblo y su ambiente; no me quedaría allí mucho tiempo. Por otro lado, la pesadumbre y actitud en la que estaban sumidos mis padres, después de que les relatara mi experiencia con Melquiades Mañas en Antofagasta, me hacía sospechar que algo desconocido estaba a punto de salir a la luz. Recordaba las palabras de Marcelo y las entrelazaba con el comportamiento de mis padres, que con frecuencia, cuando los sorprendía hablando guardaban silencio o desviaban la conversación torpemente, creyendo que no me daría cuenta. Preferí esperar a que Marcelo cumpliera su promesa antes de insistir a mis padres para que me dijeran lo que ocultaban. Fue un tiempo de espera desilusionado, las noticias de Chile no llegaban y en aquella casa me encontraba con Candelaria por todos los rincones. El aroma de los guisos de mi madre me la recordaban; ella le había enseñado a cocinarlos y cuando los comía, la veía sentada frente a mí sonriéndome. Mis padres estaban preocupados por mi pesadumbre y descontento, temían que cualquier día me marchara para siempre y no volverían a verme. Fueron días de meditación sobre mi futuro y mi vida, en los que me alarmó no sentir apego por la casa familiar ni por mis padres. En cambio, Candelaria era un pensamiento obsesivo que me había vuelto huraño y silencioso, procuraba que no se dieran cuenta de mi obsesión y que no me hicieran preguntas. Por primera vez comencé a cavilar sobre mi desinterés por las mujeres y que ninguna hubiera alterado mi ánimo, salvo el recuerdo de Candelaria. Hasta que un día decidí poner fin a una dependencia que no tenía sentido y por la mañana, sin decir nada me fui a la capital dispuesto a que la primera puta que encontrara me pusiera en solfa, me dejara para el

arrastre y de una vez me aficionara a fornicar como Dios manda y se me olvidaran otras cuestiones. Pero fue peor el remedio que la enfermedad; Verónica –así se llamaba la puta sevillana que me tocó en suerte-, comenzó su trabajo adecuadamente y me entusiasmé con lo que me hacía, pero, de repente, Verónica se transfiguró en Candelaria y de un saltó me quedé pegado a la pared, desnudo y con una erección que hasta entonces no había tenido. Desconcertado y muerto de miedo me puse la ropa y salí escaleras abajo como un espíritu que huía de sí mismo. Cuando llegué al pueblo entré en la casa sin saludar a nadie y me encerré en mi habitación, saqué de la mesita de noche la foto de Candelaria que llevó Melquiades Mañas toda su vida consigo y que me entregó Marcelo después del entierro. No recuerdo cuanto tiempo la estuve mirando porque en ese lapsus mi mente quedó en blanco y ningún pensamiento ni recuerdo ocupó mi mente mientras miraba la fotografía. Cuando se la hicieron, seguramente yo no habría nacido aún y Candelaria mostraba una sonrisa y juventud que yo desconocía y que ella no recobró nunca más. Al moverme sentí que estaba sentado sobre unos papeles que no había visto; era un sobre de tamaño mediano que habían traído a casa y, seguramente, mis padres dejaron sobre la cama al ver que iba destinado a mí. El remitente era Marcelo, con toda seguridad eran las revelaciones que me había prometido. Estuve mirando el sobre un rato sin atreverme a abrirlo, el miedo era superior a la impaciencia y me tenía trabado. ¿Cuáles serían aquellas noticias? ¿En qué podrían cambiar mi vida? Al mismo tiempo que las dudas me atormentaban, instintivamente estaba abriendo el sobre y sacando los papeles que contenía. Con aquellas noticias en mis manos me invadió una tranquilidad que desconocía y me dispuse a leerlas. Comencé por una hoja más blanca que las demás y firmada por Marcelo, estaba fechada quince días antes y en ella me decía: *Lo que descubrirás en las hojas que acompañan a mi carta, era desconocido para mi hermana y para mí hasta días después de que muriera mi padre. Sin duda las escribió después de la muerte de mi madre y las tuvo escondidas siempre, fue mi hermana quien las encontró cuando guardaba la ropa que perteneció a mi padre. Lo supimos cuando tú estabas aquí, pero decidimos no decirte nada porque estábamos desconcertados y no sabríamos cuál iba a ser tu reacción. Pensamos que era mejor así, que estuvieras lejos, en tu tierra, y que tranquilamente tomases la decisión que creyeses oportuna. Melquiades murió como fue su vida; digna pero pobre. Sólo dejó esta casa con patio y las macetas con las que lo llenó mi madre. Nosotros y nuestra casa están a tu disposición por si un día quieres perderte por aquí. Marcelo.*

Los otros folios eran copias de los originales y al desdoblarlos observé una caligrafía clara y cuidada, sin duda Melquiades quería que si alguien, un día leyera sus recuerdos, no tuviera problemas para entenderlos. Los que me envió Marcelo eran una parte de las memorias o diario que Melquiades llevó durante muchos años de su vida, en ellos expresaba con frecuencia su añoranza de Candelaria Vázquez y se culpaba de haber

traicionado aquel amor. Lo que desvelaba aquello que siempre despertó mi interés estaba en el segundo folio y decía así: *Al destrozar mi juventud la vida se me trastabilló sin remedio y sin retorno. Siempre escuché decir que cuando se traiciona al primer amor, que suele ser el único y verdadero que uno tiene en su vida, esta va dando tumbos entre amores que ya nunca son lo mismo que el que abandonamos. Eso me pasó a mí con Candelaria, a la que infligí por cobardía una de las peores traiciones que se pueden hacer a una mujer enamorada. He ido dando tumbos todos mis días y buscando disculpas vanas para olvidar aquello sin lograrlo, en cambio, fui teniendo noticias de que ella ha hecho lo contrario; se ha mantenido fiel al juramento que me hizo un día y no ha buscado ni tenido otro amor. Cuando decidí que emigraría para procurarnos un destino mejor, Candelaria sabía que nos ocurriría lo que a tantos otros; el tiempo, la distancia y otros mundos más abiertos y distintos me procurarían el olvido. Así me lo recordaba sutilmente y llena de amor en muchas ocasiones, pero a pesar de ello y de sus convicciones religiosas y sociales, tan firmes y cerradas en aquel tiempo, se ofreció a mi amor como una virgen complacida porque la tomara. Jamás viví ternura más complaciente ni hermosa. Se entregó a mí sin miedo, como una flor dispuesta a dejarse su perfume en mi piel. Aquella pasión la practicamos cada día durante el último mes que estuve antes de marcharme.*

La noche que nos despedimos, los dos estuvimos mirándonos durante un rato con los ojos vidriosos y las manos cogidas, ambos queríamos quedarnos con la última imagen del otro, y al separar nuestras manos y volverme de espalda para marchar, escuché las palabras que siempre han martilleado mi cabeza: “no me olvides, te esperaremos”. Tiempo después desvelé aquel “te esperaremos”; mi primo Juan que también vino a estas tierras en busca de un destino mejor, me contó que Candelaria tuvo una extraña enfermedad y que la trataron en Barcelona durante varios meses. Por el mismo tiempo el hermano de Candelaria corrió la voz de que su mujer estaba “en cinta”. Como era de por sí gruesa y apenas se le veía en la calle nadie prestó atención a una cosa tan normal, pero cuando apareció el niño y Candelaria después, ya sabes cómo son los pueblos; corrieron la voz de que el niño era de Candelaria y lo demás había sido un apaño. Pero como ella lo aceptaba con normalidad y nada raro había en el comportamiento de los demás, la gente fue olvidándose de ello. Desde entonces he vivido inmerso en las sombras de mi cobardía. Tuve la certeza de que aquel niño era hijo mío y guardé silencio, sabía que nunca más regresaría y preferí dejar las cosas como estaban. Supe también por Juan que, desde que vino de Barcelona, Candelaria se vistió de luto y no lo abandonó nunca. A pesar de que ella dijo que se debía a una promesa, yo tuve la seguridad de que ese luto fue por causa de mi abandono, supo que el amor al que había entregado su virtud y lo mejor de su vida había muerto y llevaría luto por él toda su vida.

Cuando terminé de leer aquellas líneas me estiré en la cama, puse el brazo sobre mis ojos y pasaron las horas en silencio. Varias veces mis padres tocaron en la puerta, preocupados por mi silencio y por el tiempo que llevaba encerrado, pero se tranquilizaron cuando les contesté. Así estuve toda la tarde y la noche de aquel día, acompañado por un torbellino de reproches, de recuerdos, de decisiones que debería tomar y de proyectos que definitivamente tendría que poner en práctica.

Cuando salí de mi habitación aquella mañana para desayunar, mi aspecto debía de ser lamentable, pero mis padres que me observaban atentamente no dijeron nada, sólo me dieron los buenos días y se sentaron conmigo a desayunar. Dos días después me despedí de ellos sin decirles dónde acabaría, aunque como la primera vez mi destino era Barcelona, desde allí decidiría lo que hacer. Llegué con el dinero justo para una comida y me dirigí a casa de “La Delirios” como única esperanza de sobrevivir unos días. Nada más verme se abalanzó sobre mí y en su abrazo recuperé de nuevo el extraordinario acolchado de sus tetas. “Mi niño –me dijo- dónde has estado todo este tiempo”. Le relaté por encima mi viaje a Chile, el regreso al pueblo y la intención de estabilizar mi vida lejos de mis orígenes. Me llevó a la que un día fue mi habitación para que me diera un baño y bajara para cenar, ella misma deshizo mi parco equipaje y lo estuvo distribuyendo en el armario. Después de la cena trató de indagar en mi vida, pero “La Delirios”, que no era tonta, se percató inmediatamente de que no quería hablar de ello y subió conmigo a la habitación. Supo nada más mirarme la desazón que llevaba y ejecutó el mismo ceremonial de otro tiempo; se recostó en la cama, liberó una de sus enormes tetas y me dijo: “Venga, mi niño, acurrúcate aquí como antes, y verás como se alivian tus males”.

Pasaron los días y los meses llevándole las cuentas a “la Delirios” y a alguno de los negocios vecinos. Ella daba por sentado que no me movería de su lado, y yo pensé que en pocos lugares encontraría más ventajas que en su casa; me trataba como a un hijo y con el dinero que me daba, la vivienda gratis y lo que yo sacaba por otros lados, ganaba mucho más que la mayoría de los emigrantes que llegaron de aquellos pueblos. Sin apercibirme de ello, me di cuenta de que nunca saldría de allí. En aquel barrio y en aquella casa encontré la tranquilidad, huí de todo lo que pudiera recordarme el pueblo, y los recuerdos e inclinaciones por Candelaria se fueron ennegreciendo como su luto en una urna oscura que no volví a destapar. Un día me decidí a escribirle una carta a Marcelo, en ella le explicaba mis pasos, dónde me encontraba y la decisión de que mis días sucumbieran en Barcelona. A su petición de que me fuese a vivir con ellos a Antofagasta le contesté: *Estoy aquí huyendo de un fantasma que he logrado amordazar, no quiero ir a otro lugar donde pueda encontrármelo de nuevo.*

Pedro Soler. 2010

